



**Palabras pronunciadas por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en el Consejo Diocesano de Pastoral.**

**Casa Sacerdotal San Juan María Vianney,
22 de septiembre de 2012.**

(Segunda parte)

¿Cómo ha sido la vivencia de la fe entre los cubanos?

La fe puesta a prueba.

En la primera mitad de la década del 70 comenzó a circular en Cuba una encuesta muy amplia, en cuanto al número de los encuestados, que preguntaba sobre la fe religiosa de los hombres y mujeres trabajadores, empleados, profesionales, etc. ¿Cree usted en Dios?... ¿Cuál es su religión? Y otras preguntas de ese género. Después de un tiempo bastante breve la encuesta fue retirada. La razón para hacerlo, según fuentes no oficiales, pero dignas de crédito, fue que menos del 25% de los encuestados estaba respondiendo que era creyente, y los investigadores de opinión decidieron que la encuesta, aunque escrita, anónima y secreta, no era fiable, pues en la segunda mitad de la década del 50, en una amplia encuesta nacional científicamente realizada por la Agrupación Católica Universitaria, más del 90% de los encuestados dijo creer en Dios. No era posible que en algo más de quince años la propaganda atea hubiera tenido un éxito tan grande. Mecanismos de defensa, temor a presiones sociales, desconfianza, etc., falseaban las respuestas.

Al final de la década de los 80 la Academia de Ciencias de Cuba efectuó otra encuesta de carácter nacional sobre el mismo tema en diversas capas de la sociedad y arrojó un resultado cercano a la cifra del 90% de personas que decían creer en Dios. Diez años después un destacado sociólogo de esa misma Academia me dijo: “si la encuesta se hiciera hoy la cifra de creyentes llegaría a más del 90%”.

¿Cómo enfocar estas altibajas en respuestas sobre un mismo tema específico de tanta trascendencia?

¿Superficialidad ante el hecho religioso?

No creo en una especial tendencia del cubano a ser superficial en su fe religiosa por razones del clima suave y benigno, por la baja calidad de la población que emigró de

España a Cuba o del negro africano traído como esclavo, o porque el calor tropical aumenta las pasiones y la gente del trópico se torna más sensual y menos capaz de esfuerzo y la fe religiosa tomada en serio pide sacrificios, etc. Esta visión es de tipo aristocrático, casi racista y proviene de un primer mundo rancio, y en ella puede haber factores accesorios erigidos en causas y esto es sofismático. Sería necesario investigar qué papel juega en esto la deficiente evangelización en Cuba, qué responsabilidad correspondió a la Iglesia, qué influjo terriblemente negativo tuvo en la conciencia religiosa del criollo la esclavitud, etc. Repito, estos temas necesitan ser estudiados mucho más, y en el período de estos 53 años que nos ocupa está el hecho realmente trepidante de la Revolución en Cuba, que no dejó nada en pie.

Ser Iglesia en una nueva realidad social.

Ahora bien, a pesar de la probable ligereza de las dos encuestas de fines de los 50 y de fines de los 80, descartando el intento de encuesta de los 70 por no fiable, si se hace un análisis comparativo de ambas se pueden colegir algunas consideraciones interesantes:

1º- La fe en Dios se ha mantenido constante en un porcentaje de la población cubana cercano al 90%.

2º- El ateísmo inducido por el estado por más de treinta años no caló hondamente en el cubano en general.

Creo que en la década del 50 era “fácil” responder afirmativamente a una pregunta sobre la fe en Dios. Hubiera sido contrastante en aquel medio social una respuesta declarándose ateo. Además el número de ateos no era grande.

En la década del 70 era más fácil decir que se era ateo, pues el grado de aprobación social y política estaba oficialmente a favor del ateísmo y aquí interviene el miedo y el disimulo. ¿Qué pasó entonces después?

A finales de la década del 80 el cubano se sintió “autorizado” a expresar su fe en Dios. La publicación de un libro-entrevista de Frei Beto (Alberto Libanio Cristo) sobre “Fidel y la religión”, que logró vender más de un millón de ejemplares en Cuba, las visitas de cubanos residentes en el exterior, el turismo, y una mayor tolerancia oficial hicieron que el tema religioso dejara de ser tabú, retornan expresiones populares reprimidas: “Si Dios quiere, gracias a Dios, Dios mediante, con el favor de Dios, Dios lo bendiga, etc. y muchos sintieron que “ahora ya se puede decir que creo en Dios”.

El cubano promedio ¿aborda, pues, la fe religiosa no con la hondura que merece el tema de la relación del hombre con Dios, sino con la superficialidad con que abordaría temas como la moda, el deporte preferido, etc.? No es fácil la respuesta. Responde sí, si se siente aprobado socialmente o autorizado oficialmente. Responde no, en caso contrario, pero reservándose su adhesión profunda, es más bien pecado contra el 8º mandamiento: no mentirás, que contra el 1º y 2º mandamiento. Se trata de disimular u ocultar la verdad, considerándola “su” verdad y no de negarla. No olvidemos que en este caso intervenía una sanción social que podía afectar sus estudios, sus puestos de trabajo, su futuro, el de su familia, y en esto trataba el cubano de hallar razones suficientes para actuar de ese modo.

Para apoyar este aserto traigo a colación otra encuesta, realizada por la Iglesia entre católicos en el año 2004. Fue muy amplia, se llevó a cabo en la mayoría de las iglesias parroquiales o no, incluso en los centros de misión del campo y de la ciudad y en todas las

diócesis de Cuba. Esta encuesta serviría para preparar nuestro plan pastoral nacional. Me detengo sólo en una pregunta: ¿Cuál es su mayor temor con respecto a la fe religiosa en Cuba? La respuesta mayoritaria, de cerca del 80% fue: “Que la Iglesia Católica vuelva a ser presionada o enfrentada por el gobierno como lo fue en el pasado”.

Dos aspectos principales pueden destacarse en esta respuesta dada por los católicos actuales (muchos de ellos, más del 70% llegados a la Iglesia en los últimos 15 a 20 años):

1º- Estaban conscientes de que la Iglesia había sido confrontada en el pasado, aunque por razones generacionales, por posturas políticas o por autoprotección ellos no vivieran como católicos activos esos momentos.

2º- Pero sentían temor de que esto sucediera de nuevo estando ellos activamente implicados en la vida eclesial. Estas fueron respuestas dadas el año 2004, hoy, ocho años después, ese temor ha disminuido.

Aspectos actuales de la fe religiosa en Cuba.

De todos modos esta somera aproximación antropológica revela cierta fragilidad en la fe y nos muestra que no hay ya entre la media de los católicos cubanos esos hombres y mujeres de larga pertenencia a la Iglesia, con buena formación religiosa recibida en la escuela, en la Acción Católica, en la Congregación Mariana u otras asociaciones, con convicciones profundas y amor comprometido a la Iglesia. La emigración y la muerte han transformado el rostro de la Iglesia. Pero es importante en la vida religiosa de un pueblo tradicionalmente católico, que la Iglesia de los “practicantes”, la comunidad cristiana, esté sólidamente formada, pues si consideramos la presencia de la Iglesia en el mundo como un gran estanque lleno de agua, en cuya superficie se arroja desde lo alto una piedra que produce círculos concéntricos abriéndose en una gran circunferencia siempre más desdibujada a medida que se aleja hacia los bordes, la comunidad católica constituye ese punto focal de impacto. Si es fuerte ese impacto, se extenderán las ondulaciones a mayor distancia y serán más marcadas. O sea, si el núcleo de la comunidad católica es fuerte en convicciones de fe y tiene un serio compromiso cristiano en su práctica eclesial y en toda su vida, esto hará presente a la Iglesia en los ambientes, en los barrios, en la familia, y su influjo social será mayor. El Papa Benedicto XVI dice que la Iglesia será cada vez más minoritaria, pero debe ser una minoría significativa. Esta significatividad no es numérica, sino cualitativa.

Un impacto débil hace menos perceptibles las ondas y el influjo de la Iglesia será más reducido. Esto se traduce en una fe más borrada u opaca. Se produce así un círculo vicioso: desde un centro de emisión débil llegan ondas débiles al entorno y a estímulos débiles corresponden movimientos débiles de respuesta. Parece así esfumarse la fe. Consecuencia: es imprescindible propiciar que la fe ahonde en la comunidad cristiana.

Por otra parte, no podemos olvidar que el mundo posmoderno en sus nuevas generaciones está integrado por hombres y mujeres frágiles, con adhesiones más débiles a los preceptos establecidos, con menor capacidad de compromiso. Esta mentalidad débil potencia aquella “superficialidad” del cubano en cuanto a la religión a que me referí al principio.

En otras palabras, la actitud del cubano actual frente a la religión no es la misma. La modernidad, en sus vertientes liberales o marxistas había tratado de excluir a Dios basándose en la razón y en la ciencia. La negación de Dios era necesaria para la exaltación del hombre. Pero con la “muerte de Dios” se llegó también a la “muerte del hombre”. El

vivir sin Dios produce una vaciedad interior, a veces una angustia, un tipo particular de infelicidad. Esto lo ha experimentado el hombre cubano con diversos grados de intensidad. El mundo posmoderno reacciona contra ese materialismo racionalista y pretendidamente científico, y buscará entonces en las filosofías orientales, en religiones esotéricas, en los misterios científicos no esclarecidos aún, en religiones y mitos de África, Asia o de la América Precolombina y en la misma Biblia (fundamentalismo emotivista), el modo de estructurar una nueva visión espiritualista de la vida, revalorizando viejos mitos, incorporando métodos de oración de tipo budista o hinduista. El fracaso existencial del materialismo de occidente, sea de tipo práctico-capitalista o de tipo teórico pseudocientífico marxista, lleva al hombre occidental a buscar en otra parte una respuesta a su inquietud religiosa. Es la nueva era, “The New Age”.

El hombre posmoderno cubano y la fe religiosa.

Cuba se convierte en un laboratorio histórico de este proceso. El hombre cubano ha experimentado la vaciedad del ateísmo en forma estremecedora, esa soledad espiritual que produce en el alma humana la influencia del materialismo ambiental.

La Iglesia Católica (y volvemos a los círculos concéntricos del estanque), era en Cuba el principal punto focal de referencia religiosa. Al imponerse silencio a la Iglesia, al quedar disminuido drásticamente el número de sus ministros y personas consagradas, al perder sus escuelas y centros de enseñanza y asistenciales, y no tener acceso a los medios de comunicación escritos, radiales o televisivos, se apagó la voz de la Iglesia que recordaba las fiestas religiosas y los días sagrados, que proponía los valores cristianos, que cuidaba ancianos, niños y enfermos, y por medio de todo esto hacía pensar en Dios. Se sumó entonces a este obligado silencio eclesial sobre Dios la difusión oficial del ateísmo: “la religión es cosa del pasado, no conviene criar a los niños con ideas religiosas, pues vivirán después en una sociedad atea y podrán verse traumatizados”, etc. Se produjo así una ausencia de Dios de las estructuras sociales, del calendario, que no indicaba ninguna fecha religiosa, y aún de la vida familiar.

Pero en el corazón humano, donde habita siempre el misterio, un tedio personal y ambiental acompaña de modo habitual la ausencia de Dios. Con el mismo mecanismo del hombre occidental, el cubano no hizo, porque no podía hacer, viajes a la India para encontrar algún “gurú”, pero se fue a Guanabacoa para visitar a un babalaw.

Es decir, se volvió hacia algo que tiene muy a mano; los sincretismos afrocubanos, el espiritismo o la santería. En los años difíciles fue más fácil canalizar la religiosidad en el sincretismo afrocubano que en la Iglesia Católica o en las confesiones protestantes, pues la visibilidad de los cultos sincréticos afrocubanos es menor, es un culto más privado, no periódico, se acude al rito cuando se quiere o se puede, no hay exigencias morales grandes y los elementos mágicos dan tranquilidad o seguridad tan pronto como se practican, aunque crean después temores y ansiedades. Esto llevó a capas de la población blanca y con mayor cultura a acercarse a esos cultos. Después a su difusión ha contribuido la propaganda turística que presenta esos cultos en sus aspectos folklóricos y se añade el esnobismo de inclusión de los extranjeros en este otro camino esotérico, todo lo cual conlleva ganancias económicas para muchos “que viven de la santería”.

Es el postmodernismo de la Nueva Era vivido “a la cubana” con los medios disponibles.

El Padre René David, hoy retirado en Francia, afirmaba que la religiosidad popular más o menos sincrética había salvado la fe religiosa del cubano en los momentos más difíciles, incluso llegó a decir que había que agradecerlo. Pero este tipo de religiosidad se torna más difícil para el quehacer evangelizador que dirigirse a aquellos que sin ninguna referencia religiosa hacen un tránsito de la no fe a la fe.

Al hombre y a la mujer de hoy en Cuba no se le puede hacer un anuncio de Cristo del mismo modo que hace treinta años; se trata de otra generación. Estamos ante hombres y mujeres “light”.

Al hombre “lite” posmoderno debemos hacer un anuncio de Dios y de su Hijo Jesucristo que no sea en nada débil. Esto hace más difícil la metodología a seguir. Este es el hombre y esta es la nación que vino a encontrar en Cuba el Papa Benedicto XVI.

Durante el vuelo hacia México y en el mismo viaje que lo llevaría después a Cuba a fines de marzo pasado, el Papa Benedicto XVI dijo lo siguiente a un reportero: “Hoy es evidente que la ideología marxista, tal como fue concebida, ya no responde a la realidad: así ya no se puede construir una sociedad; deben encontrarse nuevos modelos, con paciencia y de manera constructiva”. El Santo Padre, quien conoció y vivió los grandes acontecimientos que estremecieron a Europa el pasado siglo, quiso estar junto a nosotros en este Año Jubilar en que celebramos los cuatro siglos de la presencia de la Virgen de la Caridad en nuestra tierra, pero estaba también consciente de visitar a Cuba en un momento singular de su historia.

Estas palabras del Papa, dichas sólo horas antes de ser recibido en Cuba, no causaron ningún rechazo por parte del gobierno cubano. Ciertas reformas en el ámbito económico y social sugieren que, efectivamente, las propuestas socioeconómicas nacidas del marxismo que se afincaba en una concepción materialista del mundo y del hombre sin ninguna referencia a la trascendencia, que pone límites insoportables y contraproducentes a la libertad humana, no han sido efectivas tampoco en Cuba.

El gesto más significativo y trascendente en estos últimos cinco años con respecto a la Iglesia fue la respuesta verbal del presidente Raúl Castro a mi carta de abril de 2010, en la que me anunciaba poner fin a ataques contra las esposas y familiares de los presos políticos; de lo cual protestaba yo en la carta, y manifestó su deseo de conocer, con la mediación de la Iglesia, las demandas de los familiares de esos presos. Fue un gesto inédito e inesperado, que nos sorprendió a todos. No era la primera vez que los obispos cubanos acudíamos a las autoridades para interceder por los presos, en nombre de ellos mismos o de sus familiares, lo cual es propio de la misión misericordiosa de la Iglesia, pero casi nunca habíamos tenido respuesta. La Iglesia en Cuba nunca había sido reconocida como un interlocutor válido.

Se produjo así la excarcelación de los 53 prisioneros que quedaban de los 75 sancionados en 2003. Fue excarcelado también otro grupo de más de 70 y así, entre julio de 2010 y marzo de 2011, más de 126 prisioneros políticos salieron de las cárceles cubanas, 12 de ellos han permanecido en Cuba. En diciembre de 2011, el gobierno indultó cerca de tres mil prisioneros comunes enfermos o con altas condenas y buen comportamiento, cosa que habíamos pedido también los obispos cubanos, y lo hizo, según palabras de Raúl Castro, con motivo de la próxima visita del Papa Benedicto XVI (marzo de 2012) y en atención al Jubileo por los 400 años de la Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba, que celebramos este año.

Si el hombre es el camino de la Iglesia, como definiera el Beato Juan Pablo II, nuestro camino como pastores en Cuba tiene que ser el hombre y la mujer cubanos, con todos sus sueños y frustraciones, con sus ilusiones y expectativas, sean estas posibles o poco reales. A ellos debemos abrirles el camino de la fe

Hay en realidad una situación cambiante en Cuba, tal vez de contornos difíciles de definir y con metas poco claras. El cambio parece haber comenzado, con independencia del ritmo o una hoja de ruta más o menos clara, y a pesar de algunos que no desean o no reconocen cambio alguno. En ese contexto social cambiante ha sido posible que la Iglesia fuera reconocida como interlocutora. No sabemos hasta dónde puede avanzar el diálogo, ni conocemos su alcance real o sus potenciales resultados. Pero el diálogo es el único camino que sigue la Iglesia para procurar el bien material y espiritual de la sociedad y de los cubanos. Esto es también parte esencial de nuestra misión de pastores y de la misión del laicado católico.

En medio de la profunda crisis económica que afecta al mundo, Cuba vive su propia crisis. Sin poder escapar de aquella, vivimos también una crisis espiritual o existencial. El “sueño cubano”, iniciado en enero de 1959 y amasado con las intuiciones sencillas y los anhelos justos de los pobres de esta tierra, no ha sido alcanzado, al menos no como se esperaba. Es cierto que ha habido logros sociales importantes, pero también dolor, carencias y enfrentamientos, demasiadas limitaciones a la libertad y frustración. Por eso la Iglesia alienta ahora esos cambios que tímidamente tienen lugar en Cuba y espera que nuevos cambios se introduzcan por el bien del país y los ciudadanos.

“Este proceso (dijo también el Papa Benedicto a bordo del avión que lo traía a América) exige paciencia y decisión y queremos ayudar con espíritu de diálogo para evitar traumas”. Por esto los obispos cubanos convocamos a todos a un esfuerzo por la reconciliación y por reverdecer la esperanza. Es necesario transformar los corazones, y esto sólo puede lograrlo una fe cristiana viva y coherente. He aquí donde entra nuestro papel de guías de las comunidades cristianas como pastores y de grupo social de referencia como comunidad cristiana.

Durante la peregrinación nacional con la imagen de la Virgen de la Caridad (agosto 2010-diciembre 2011), millones de cubanos parecían redescubrir su fe, y daban gracias a la Iglesia por llevarles a María y su Hijo Jesucristo: “¡Qué falta nos hacía esto!”, así decían. Porque necesitamos el pan, pero no sólo de pan vive el hombre. La sed de Dios que descubrimos en nuestro pueblo, unida a las dificultades presentes, puede ser ocasión para una renovación nacional en el orden espiritual. Ese es nuestro campo. La Iglesia, apoyada en el Evangelio, debe sentir como misión propia estar presente y acompañar a nuestro pueblo siempre, también en este nuevo capítulo de la historia cubana en que continúa la desoladora emigración, sobre todo de jóvenes, en que la cultura global se hace ya presente en el consumo, en los gustos, en las modas, con una verdadera desarticulación y desmontaje de lo que quedaba de la cultura tradicional cristiana. Y no podemos mirar ese mundo nuestro como analistas económicos, sociales o políticos, sino desde la fe. Sólo anclados en la fe podemos evitar la frustración y el desaliento y lo que es más importante, hacer posible que el camino misterioso de la gracia de Dios haga que los que entran en contacto con nosotros, pastores y guías de nuestros hermanos, o laicos cristianos, aprendan a mirar nuestra realidad eclesial desde la atalaya de la fe y recobren esperanza.

Y cito de nuevo para terminar al Papa Benedicto XVI: “Las cosas terrenas van bien sólo cuando no olvidamos las superiores: no podemos perder el camino justo que distingue al hombre. No podemos mirar sólo hacia abajo; debemos levantarnos y mirar hacia arriba, sólo entonces viviremos justamente”.

El año de la fe es la ocasión para esto, para que nosotros, ministros del Señor, obispos, sacerdotes y diáconos, guiemos a nuestras comunidades por los caminos que llevan al nacimiento y al crecimiento de la fe verdadera y para todos los que integran la Iglesia, el laicado de las comunidades cristianas dar testimonio de fe verdadera ante el mundo, de modo que nuestro pueblo pueda abrirse a la fe.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original